

VILLEGAS LOPEZ

tra eternamente fiel a sí mismo y a los sueños de su juventud: «Cyrano y d'Artagnan» (1963-64).

Abel Gance es un hombre colosal, un visionario, un iluminado, un profeta, un maravilloso loco del cine. Clama: «En el cine, las artes, para crear la síntesis suprema. Que venga el Homero del género y la Ilíada surgirá. Yo creo en ella. Yo soy un músico de la pantalla». Esta figura gigante es una enorme contradicción viviente, desgarrada entre dos mundos, a ninguno de los cuales quiere renunciar. Esta es su tragedia, su grandeza y su debilidad. Nunca podrá verse más clara la diferencia y la distancia que en el cine

GANCE

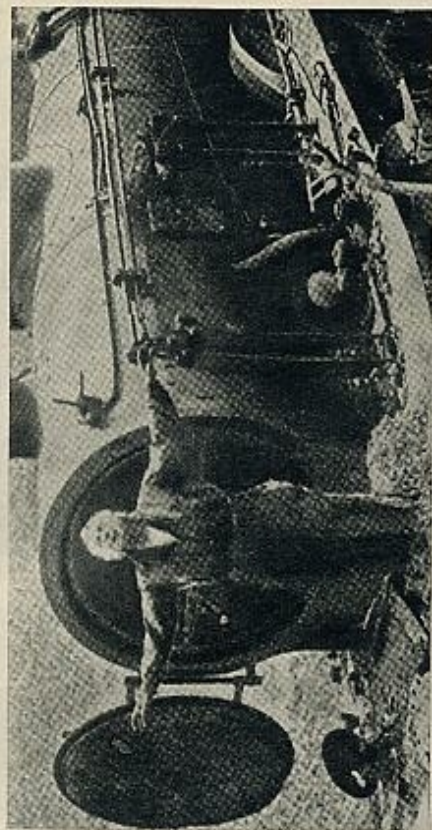
—y en el arte en general— media entre la creación y la realización, entre la invención de mundos y la manera de hacerlos realidad. Gance es un creador del pasado y un realizador del futuro. Todo lo que ha anunciado y prefigurado con sus realizaciones se ha cumplido, de otro modo, pero está vivo hoy. Desde las grandes pantallas panorámicas y el sonido estéreo hasta ese grito de profeta: la genial, que lanza en 1926 y que hoy forma la trama y la realidad de nuestra vida diaria: «El tiempo de la imagen ha llegado!». Por el contrario, todo lo que soñaba el creador, el poeta de un universo ya remoto y perdido, como el mismo sueño napoleónico que alentó su vida, se ha esfumado y ha in-



«Napoleón»: el montaje corto

304

VILLEGAS LOPEZ



«La rueda»: la locomotora muerta entre las flores

moran de ella. Se casa con un ingeniero, pero éste y el hijo mueren trágicamente, el marxista queda ciego y la joven vuelve a él para cuidarle en su soledad y desesperación. Es un argumento laberíntico, donde se quiere expresar —dice Gance— «el paroxismo de la fatalidad, encrucijada de las tragedias esquilanas, del Farum latino y del eterno retorno nietzscheano». Naturalmente, también, atravesado al gran público por el camino más fácil, el del desorbitado folletín. La película se iba a titular «La rosa del rallo», como una novela por entregas, y el protagonista se llama Sísifo, condenado a empujar siempre el mismo trabajo, cabalgando en su locomotora. Los galpones grises y mugrientos de las estaciones se transforman en castillos medievales con un trovador o el viejo marinero, con una cruz a cuestras, sube una montaña en un halo de luz. Pero el gran protagonista es la rueda sobre los carriles, el tren en marcha, infatigable cruzador de paisajes. «El cine es música de la luz», clama Gance, profético, y con los trenes en marcha hace una gran sinfonía de imágenes. Planos cortos, centelleantes, de ruedas, bielas, calderas, rútiles, palanca, semáforos... con un ritmo sinfónico perfecto. Encargó a Honegger el acompañamiento musical para esta parte, que hoy es «Pacific 231», pieza de concierto. Y sobre esta música, Jean Mitry, ya en el sonoro, realizó un magnífico documental sinfónico sobre la locomotora, con el mismo título («Pacific 231», 1949). El montaje corto, introducido sobre todo por Griffith como elemento dramático, cobra aquí un valor de expresión musical, que le abre nuevos horizontes. El ritmo cinematográfico,

el cine como arte del tiempo, logra aquí sus primeras grandes conquistas. Este constructor de enormes folletines populares, este poeta trasnochado, fue siempre un gran cinematógrafo, verdadero adelantado del cine.

En aquel mismo año dirige una película de Max Linder, «Socorro!» (Au secours). Pero está lleno de visiones grandiosas, bullicio de una docena de películas colosales. Griffith lo lleva a Norteamérica para que haga un montaje especial de «Yo acusó», para su productora y, en 1921, paseando por Nueva York con Max Linder, este profeta del cine tiene su revelación. El cine francés está dedicado a un comercialismo fácil, literario, rotórico, académico, y a una experimentación de corto alcance, precursora de un interesante movimiento de vanguardia. El cine francés carece de personalidad y por ello está sujeto a todas las influencias. Gance sueña con hacer el gran cine de Francia y busca un asunto francés capaz de suscitar el interés internacional. Aquel es el momento y dice a Max Linder: «Haré Napoleón». Era una revolución grandiosa y simple, pero llena de peligros.

El mito napoleónico había vivido en Francia hasta hacía pocos años. Balzac tenía por lema: «Haré con la pluma lo que Napoleón con la espada», es decir, conquistar el mundo. En el Cirque-Olympic se representaban obras napoleónicas, como ataca al rey Luis Felipe; los actores que interpretaban al emperador y sus generales eran venerados por el público y aplaudidos por las calles, y los que representaban a los ingleses, insultados e incluso agredidos. Gance se vuelve hacia ese mito, siempre latente en el espíritu francés, y sueña una in-

VILLEGAS LOPEZ

GANCE



Severin Mars, el maquinista ciego, en «La rueda».

mentes película, formada por seis films, el primer compendio por tres episodios: «La juventud de Bonaparte», «Bonaparte y el terror» y «La campaña de Italia». Ni este último ni los otros cinco títulos, hasta Santa Eliza, se filmaron nunca. Gance volvió más tarde al último al director germano Lango-Pick. «Se comprende perfectamente —dice— por qué me he puesto a hacer «Napoleón». Porque Napoleón es un paroxismo en su época. En cual era, a su vez, un paroxismo en el tiempo». Se documenta minuciosamente y febrilmente, formando una biblioteca de más de trecentos tomos y más de tres mil grabados. Escribió el argumento de las dos primeras partes, que tiene más de ochocientas páginas y más de tres mil escenas, reduce enormes capitales de un productor, tras el que se encuentran los hermanos Bauer, y hace una preparación gigantesca, digna de cualquier película colosalista actual. Un viento patriótico sopla sobre la producción, como si el alma napoleónica hubiera encarnado en todos. Se piensa en Iván Mojsikín, gran asiro del cine francés, para encarnar Napoleón, pero se renuncia a él por ser ruso y se encarga a Albert Dieudonné, un gran reparto completa la película, donde Abel Gance interpretará Saint Just. El 15 de enero de 1925 se inicia el rodaje, tras dos años de preparación, y Abel Gance habla por radio desde la torre Eiffel, para atraer a la multitud de centro que el más grande film de los tiempos modernos había comenzado. Se filma en los mismos lugares en que vivió el Corso y se hacen grandes construcciones en estudio. Son

medio millón de metros de negativo impreso del que se obtuvieron más siete metros de montajes. Un film de quince mil metros, como cinco películas normales; hubo que hacer también una versión reducida de cuatro mil quinientos metros. Se estrenó en abril de 1927, en gran gala oficial, tiene un inmenso éxito patriótico, pero es un fracaso de público.

El verdadero título de la película, puesto por el realizador, era: «Napoleón visto por Abel Gance». La escena militar de Hienne, la Convención, la muerte de Danton en la guillotina, el casamiento de Josefina y Bonaparte, las orgías de los emigrados realistas, el sitio de Tolón con sus asaltos y combates, las cargas de caballería en la llanura y la partida del Ejército para Italia donde tomaban parte más de cinco mil figurantes. En este momento, la pantalla normal se abre y se trasladaba en tres pantallas, formando una gigantesca. En cada pantalla tenía lugar una escena distinta, quebrando así el espacio y el tiempo, enviando al espectador en el espectáculo. La música de acompañamiento se transmitía por varios altavoces dispersos en la sala. Es evidentemente la pantalla panorámica actual, que muchos años después el inventor norteamericano Fred Walter pondría a punto, para realizar el cineorama y otros sistemas semejantes. La obra gran innovación de Gance en este film era el movimiento de la cámara llevado a su máximo: corría sobre un caballo siguiendo la carga guerrera, volaba sobre el campo de batalla metida en una peñeta, se ponía en lugar del personaje, como en la batalla de las bolás

VILLEGAS LOPEZ

GANCE

de nieve —el operador llevaba la cámara en el pecho y jugaba con los muchachos—, volaba en un columpio siguiendo a las mujeres desnudas que se moían en la orilla... Sobre todo, en la secuencia llamada de «la doble tempestad», tan célebre en este film como la «sinfonía de la rueda» en el anterior. La cámara pasaba en movimiento pendular sobre la Convención tumultuosa y febril de pasiones políticas, añadiendo este ritmo regular al ritmo particular de cada escena y momento. Porque Gance quería hacer imponente la frase de Victor Hugo: «Ser miembro de la Convención era ser una ola en el Océano». El montable rápido de «La rueda» se conjugaba con este movimiento de cámara, para crear un ritmo cinematográfico múltiple, verdaderamente sinfónico. «Napoleón», de Gance, está lleno de hallazgos para el futuro. Pero sobre una visión del tema y los personajes volcada hacia el melodrama y levantada sobre todos los convencionalismos más fáciles y sensibleros. Hay niños heroicos, que representarían el espíritu nacional; Bonaparte niño tiene el mismo gesto y ademán que Bonaparte hombre, y cuando, cansado de ganar batallas con bolas de nieve, se queda dormido lo hace precisamente sobre un carrón; el niño enemigo que lo tortura y persigue es Feo, antipático y se hurga en las nar-

rices; el cochero es cómico, beuchán y pretege tíeramente al futuro héroe... La película está llena de rotulos con frases históricas o citas literarias, que la tornan más artificiosa y pedantesca. Todo naufragio en esta concepción talán de lo que es un cine al alcance popular, ese viejo sueño de Gance de el arte dirigiendo al pueblo. Porque, precisamente entonces, René Clair estaba haciendo un cine francés popular auténtico, con «Un sombrero de paja de Italia» (1927). El espíritu de Francia y la definición de un cinema francés no se lograría por la representación de las grandes figuras, capaces de renunciar y encarnarlo, sino por la atomización de ese alma francesa en las gentes de la calle, en cada ciudadano francés tal cual es, visto con humor y ternura. Y este es el film de Abel Gance, porque en realidad su obra acaba aquí. Las veinte películas más que hace hasta hoy, apenas son más de lo que quiso hacer, salvo «El fin del mundo» (1930), según un tema de Flaminio, que es un enorme fracaso. El resto son repeticiones de sus viejos temas o películas comerciales donde hay algún hallazgo interesante, en medio de su eterno folletismo. Tiene que vivir y hace lo que le ofrecen. Durante diez años no le ofrecen nada, postergando y olvidado. Su última película, por hoy, le mues-



Filmando «Napoleón» en Corcega, con el célebre bandido Romanetti.